

## CAPÍTULO IV

### Historia de los procedimientos oratorios.

Sumario : *Los oradores griegos según M. GEORGES PERROT.* — *Abogados no litigantes.* — *La preparación ciceroniana.* — *Los ejercicios de declamación.* — *El verbo-visualismo de HORTENSIVS.* — *GALBA, motor.* — *QUINTILIANO, CASSIUS, APER, PLINIO EL JOVEN.* — *El grafismo de los latinos.* — *Opinión de Fenelón.* — *Los abogados en el siglo XVII.* — *Las defensas de GAUTIER-LA-GUEULE.* — *Los predicadores.* — *Cómo se preparaban los discursos en el siglo XVIII.* — *GERBIER y COCHIN.* — *Influencia de la Revolución.* — *Un tratado de retórica en 1776.* — *Los neo-retóricos.* — *DE CORMENIN, PAIGNON.* — *La decadencia del grafismo.*

#### 1

Los antiguos llevaron hasta el exceso el arte de la retórica.

Es sin embargo difícil encontrar, en los tratados especiales de la antigüedad, una noción precisa de los procedimientos del orador público.

Todas las obras didácticas contienen una con-

fusión que se ha prolongado hasta nuestros días entre el arte de escribir y el arte de hablar. La retórica, para los antiguos, no era propiamente el arte de hablar; era, en primer término, el arte de hacer valer el estilo y de adornarlo.

Para el que quiera penetrar, con M. Georges Perrot, en el estudio de la elocuencia griega (1), esta confusión no presenta nada de sorprendente.

El orador griego no ha practicado sino un solo modo de preparación del discurso, la preparación escrita. Su prosa es ciertamente la más clara, pero es también la más trabajada, la más sabia que se conoce.

Abrid la Retórica de Aristóteles: no encontraréis quizá en ella una sola frase que permita pensar que un solo orador griego haya podido pronunciar una arenga no preparada por escrito. En verdad, como si en algo no son avaras las retóricas antiguas es en materia de distinciones, Aristóteles tiene mucho cuidado en advertir que no debe confundirse el « estilo escrito » con el « estilo de combate » (2).

Pero siempre se trata de « estilo ». Los griegos fueron, pues, esencialmente « gráficos ».

Se sabe, además, que era muy difícil á sus abo-

(1) GEORGES PERROT, *Les Précurseurs de Démosthènes*, primer volumen de *l'Éloquence politique et judiciaire à Athènes*, Hachette y C<sup>a</sup>, ed.

(2) ARISTOTE, *Rhétorique*, libro III, cap. XII, par. 1<sup>a</sup>.



gados haber sido otra cosa, puesto que en Athenas el abogado no tuvo nunca el derecho de alegar por otro (1). Las más magníficas defensas de Lysias y de Demóstenes fueron escritas, no para ser pronunciadas por ellos, simples logógrafos, sino para ser aprendidas de memoria y pronunciadas por el cliente ante los jueces.

¿Esto quiere decir que los oradores políticos no hayan improvisado nunca nada? Sería sin duda ir demiasado lejos. El mismo Aristóteles habla de discusiones que pueden presentarse de improviso (2); pero en este caso aconseja al orador que haga una elección *previa* de los argumentos que pueda emplear, lo que nos inclinaría á pensar que Aristóteles no creyó nunca en la verdadera improvisación.

Así pues, si hubo improvisadores en Grecia deben haber sido muy raros.

He leído en alguna parte que no podía quedarnos huella de ningún discurso pronunciado en la antigüedad sin preparación escrita, puesto que los antiguos no conocían la estenografía (3). La razón

(1) QUINTILIANO, lib. II.

(2) ARISTÓTELES, libro II, cap. XII, par 13.

(3) Un lector de la segunda edición me comunica cortesmente una curiosa obra intitulada: *Les Bigarrures et Touches du seigneur des Accords*, viejo libro publicado en 1662. He aquí lo que puede leerse en la página 506: « La primera y más excelente manera de notas es cuando se escribía con letras abreviadas, tan repentinamente que la lengua era

no es irrefutable. En efecto, no es dudoso que algunos discursos de oradores latinos, que han llegado hasta nosotros, hayan sido pronunciados por sus autores sin preparación gráfica. Era usual que el orador escribiera su discurso después de haberlo pronunciado, como lo hizo Cicerón en su *Pro Mi-*

prontamente acompañada de la escritura, y que tan aprisa como se hubiere podido hablar, sin perder una sola palabra, se podía coleccionar cualquiera arenga. Se dice que *Tyro*, el liberto de Cicerón, era muy buen obrero para este oficio. Puedes ver que Plutarco, en la vida de Catón, menciona esta invención. En el tiempo de Ausonio, que vivió bajo el emperador Teodosio, reinaba aún esta repentina manera de escribir, como puede aparecer por la alabanza de cierto escriba que hizo en estos versos. Epigram. 175:

*Puer notarum præpetum  
Solers minister adnola.*

« Por la disposición del derecho, puede verse también que estas notas estaban muy en uso visto que « de iis quæ raro accidunt lex fieri non debet. » Porque en la ley « *Lucius ff. de mili. testa* », se dice expresamente..., etc., etc. ¿Quién no conoce las tres letras romanas en materia de juicios? A., absolvo; C., condemno; N. L., non liquet — cuando el negocio era dudoso.

« A. N. V. C., an. urbe condita.

« A. A. F. F. según Bailly des Montagnes: Aere, argento, auro, flavo, ferunto...

« A. F. P. R. Actum fide publica Rutilij.

« Cicerón, *inter iocandum*, interpretó: *Æmilius fecit, plectitur Rutilius*.

« H. B. M. F. C. Hæres bene merente faciendum curaravit, etc., etc.

« ... He puesto estos pocos precedentes para la lectura de las antiguas tumbas, por lo demás hay libros enteros á los



lone. La verdad es que, sea en Grecia, sea en Roma, la escritura fué siempre considerada, por regla general, como el único método de preparación de la palabra en público.

Es preciso hacer observar que el orador ateniense, por seguro que de sí mismo estuviera, jamás se habría atrevido á abordar la tribuna sin haber cuidado minuciosamente su forma, porque sabía bien que su auditorio era muy delicado.

Puede afirmarse sin temor de engaño, que las arengas que poseemos de oradores griegos, no son literalmente las mismas que pronunciaron en el *Pnyx*; son obras literarias que, con el pensamiento en la posteridad, retocaron mucho sus autores.

Cicerón explica abundantemente, siempre que para ello encuentra pretexto, por qué considera la costumbre de escribir como el método más favorable para formar un orador. Es que no concibe

cuales podrás recurrir como á los mencionados antes: Probus, magno, Valerius, en los códigos ordinarios de derecho, y para tener la significación de las medallas, Sigonius, el mencionado Folzius y otros.

« R. R. R. T. S. D. D. R. R. F. F. F. F. »

« Romulo regnante Roma triumphante Sibylla. »

« Delphica dixit: Regnum Romæ viret flamma. »

« Ferro, fame, frigore. »

« Diversas notas de derecho: Instit. por instituciones; authent. por authentica. »

« Si cert. pet. por si certum petatur; De. pa. po. por de patria potestate. »

He procurado hacer la traducción literal de este fragmento para conservarle su estilo arcaico.

otro medio de llegar á obtener la concisión y la precisión en los términos. Puedo decir que no pierde ninguna ocasión de declararlo. « Se formará el orador, dice en *De Oratore* (libro III, cap. XLIX), por la costumbre de escribir que es muy propia para perfeccionarnos en todas las partes de la elocución. » En otro lugar (libro II, cap. XXIII), amonesta vivamente á Sulpicius porque persiste en no adoptar este uso de escribir. « Su abundancia es semejante á una tierra fértil en la cual crece mucha hierba. Es preciso ramonearla con el stylo. » Cicerón, por lo demás, no retrocede ante ninguna fatiga cuando debe de hablar en público. Trabaja tanto sus defensas, les consagra tantas vigiliias, que sus amigos le expresan frecuentemente temores por su salud. Escribe y declama. Daba tanta importancia á la conservación y cuidado de sus cuerdas vocales que declamaba á diario; aun á los sesenta y pico de años hacía ejercicios de declamación, la víspera del día en que lo mataron.

No es quizá inútil llamar la atención sobre estos ejercicios declamatorios, á los cuales los antiguos atribuyeron tanto valor. No nos referimos aquí á las declamaciones de escuela, gérmenes de nuestras conferencias de abogados. Se trata de la declamación *á solas*, « en chambre », operada únicamente con el objeto de templar y hacer flexible el órgano. El orador antiguo había comprendido cuán interesante era para él conservar siempre dis-



puesto y alerta el centro de su memoria motriz.

Lo que importa retener sobre todo de estos procedimientos oratorios usados por Cicerón, es la preocupación de la preparación escrita. La llevó muy lejos, demasiado lejos, pues llegó á esta conclusión falsa, que la palabra en público exige expresiones delicadas y particularmente escogidas: « Una carta, escribía á uno de sus amigos, no puede parecerse á una defensa ó á un discurso político. *En ella nos servimos de las expresiones diarias y corrientes* (1). »

Lo que distingue á los oradores latinos de los antiguos oradores griegos, desde este punto de vista, es que, á pesar de la opinión de Cicerón, cierto número de oradores latinos se mostraba poco solícito para la preparación escrita. Aparece ciertamente que Hortensius, el rival. si no el maestro de Cicerón, no participaba de las teorías de su ilustre émulo. Verdad es que Hortensius estaba dotado de una memoria prodigiosa (2), de una memoria que le permitía *componer mentalmente* sus discursos y *leerlos mentalmente* cuando los pronunciaba ante los jueces. Pero la meditación le bastaba y no recurría á la preparación gráfica. Esta composición mental no era una novedad, aun en los tiempos del gran orador latino, porque ya Ci-

(1) Ad. fam. IX, 21. Citado por M. Gastón Boissier, *Cicerón et ses amis*.

(2) Brutus, cap. LXXXVIII.

cerón había citado en *De Oratore* el ejemplo de dos oradores griegos que encontró en Athenas, Carmades y Metrodoro, « que escribían en su espíritu con imágenes como se escribe sobre la cera de las tabletas. » (Lib. II, cap. LXXXVIII.)

Aun en tiempos anteriores, Galba no empleaba ningún procedimiento de escritura. Es preciso confesar, eso sí, que sus medios eran un poco singulares. La víspera del día en que debía pronunciar una defensa, se encerraba con sus esclavos y les declamaba sus preparaciones. Al día siguiente salía, en un estado de excitación extraordinaria, los ojos centelleantes, vehemente, apasionado, y se iba al Foro acompañado de sus desgraciados secretarios *todavía magullados* (*male mulcatis*, dice el texto) por los golpes que les había distribuído durante su laboriosa gestación. Ciertamente Galba era un « motor »!

Queda á lo menos comprobado que Cicerón no pudo soportar nunca la idea de una composición hecha sin el stylo. Para él, los oradores que no redactaban nada antes de aparecer en público, eran perezosos, negligentes ó (esta última acusación es original) gentes que pensaban que su reputación sería más grande si la posteridad no tuviera á la vista sus obras para juzgarlas (1).

(1) Brutus, cap. xxiv.



## II

Después de Cicerón, el método gráfico no parece haber sido descuidado por los jóvenes oradores. Un pasaje de Quintiliano nos revela todavía más, que algunos abogados habían tomado la costumbre de llevar su discurso escrito á la audiencia. La anécdota no deja de ser sabrosa : « El célebre Casius tenía una ocasión de adversario á un abogado que leía su defensa en un cuaderno. En un momento dado, exclama, siempre leyendo : « ¿Por qué, Casius, me miras con mirada tan feroz? — Por Hércules, interrumpe Casius, yo no te miro; pero, puesto que eso está en tu cuaderno, ¡toma! » Y le lanzó una mirada terrible. »

Sin embargo, de Cicerón á Quintiliano, el arte de hablar en público había sufrido lo que llamaríamos hoy una evolución. El período de la época ciceroniana había perdido algo de su amplitud y de su majestad. Se multiplicaron los negocios en el Foro, y la exigencia de los jueces impacientes no fué pequeña causa de esta reducción de la frase. Se produjo entonces algo semejante á lo que pasó entre nuestro siglo xvii y la época actual. « Se toleraban antes, dice *Aper* en el *Dialogue des Orateurs*, las pesadas é interminables arengas; se consideraba como un mérito prolongar un discurso

hasta que venía la noche... Hoy, los jueces son menos pacientes y más violentos que antes, imponen á los oradores límites y los llaman al orden de la cuestión (1). »

Los abogados de entonces miraban con cierto desprecio á aquellos de sus colegas que practicaban aún las viejas reglas ciceronianas. El mismo Plinio el Joven, que cultivaba el arte antiguo, no estaba al abrigo de sus críticas; un día fué apostrofado así por un orador de la Nueva Escuela : « Tú, tú te crees en el deber de desarrollar todos los términos medios que forman la causa; yo, á primera vista, descubro el cuello : allí es donde aprieto (2). » *Ego jugulum premo*. El ilustre Pollión que, igualmente, había principiado inspirándose en la letra de las fórmulas ciceronianas, que escribía todos sus alegatos con tanto cuidado que se le tachaba de demasiado minucioso, acabó por resignarse á métodos más expeditivos : « Defender bien, decía con alguna tristeza, me valió defender muchas veces; defender muchas veces, me valió defender menos bien (3). »

Á pesar de todo, Quintiliano persiste en hacerse el apóstol del grafismo. Insiste á cada momento

(1) Citado por M. VICTOR CUCHEVAL, *Histoire de l'éloquence romaine depuis la mort de Cicéron*, t. I.

(2) Citado por O. DE VALLÉE, *L'Éloquence judiciaire au xvii<sup>e</sup> siècle*, p. 214.

(3) VICTOR CUCHEVAL, *op. cit.*



sobre la necesidad de la escritura para el candidato á la elocuencia.

En el libro X, capítulo I, declara que la elocuencia no puede tener solidez ni vigor si no se ejercita con el stylo. Más adelante repite, con Cicerón, que « el stylo es el mejor artesano del discurso ». Insiste en esta idea, en el capítulo III, afirmando que « lo importante para el orador es escribir lo mejor posible ».

Para él, el orador es el hombre que más necesita escribir, « *cui sapius scribere necesse est* ». En fin, termina con este axioma : « Solamente á fuerza de escribir se logra hablar con abundancia. »

Verdad es que, aunque tímidamente, con mil precauciones, habla, en un capítulo especial, de una preparación hecha por simple meditación (*cogitatio*); llega hasta admitir que se puede improvisar.

Pero para él, la facultad de improvisar no es sino la recompensa obtenida por el orador, hacia el fin de su carrera, de los penosos cuidados que ha consagrado á la preparación escrita.

Sin embargo, Quintiliano no podía desconocer notables excepciones á la regla que formulaba é imponía. Sin contar el caso muy conocido de Hortensius, citábanse, en su tiempo, á lo menos dos oradores célebres que no habían recurrido nunca á los procedimientos gráficos, uno de ellos *Portius Latro* que, á la manera de Carmades, « no escribía

jamás sino en su espíritu », y el otro el fogoso *Cassius* de quien antes hablamos (1).

Fuera de estas excepciones, todo el mundo escribía. En las escuelas de declamación donde se formaban los jóvenes oradores, desde la edad de trece años, se apelaba siempre á la memoria visual de los escolares, haciéndoles componer por escrito arengas que recitaban después de haberlas aprendido de memoria.

### III

El predominio concedido en toda la antigüedad al método gráfico, ha hecho nacer la creencia de que los Antiguos no recurrían, para recitar sus obras oratorias, sino á la memoria artificial, y que pronunciaban sus discursos á semejanza de actores que representan su papel en un teatro.

Este es un error que Fenelón ha rechazado con su habitual lucidez, en sus *Dialogues sur l'éloquence*. Vale la pena de ser citado el pasaje (2) :

« Respecto de Cicerón, vense, en algunos lugares de sus arengas, cosas necesariamente imprevistas. Pero nos referiremos á él mismo en esta materia.

(1) « *Cassius*, escribe Montaigne (lib. I, cap. 1x), decía mejor sin haber pensado en lo que iba á decir. Debía más á la fortuna que á su diligencia. »

(2) *Dialogues sur l'éloquence*. D. II.



Quiere que el orador tenga mucha memoria. Hasta habla de la memoria artificial como de una invención útil : pero todo lo que de ella dice no fija que se deba aprender palabra por palabra de memoria ; al contrario, parece limitarse á que se distribuyan exactamente en la cabeza todas las partes del discurso y que se *premediten* las figuras y principales expresiones que deban emplearse. »

La opinión de Fenelon es tanto más notable cuanto que todo el siglo xvii estaba lejos de compartirla. No sólo, sino que era hasta una novedad atrevida para los abogados del Parlamento de París, quienes se hubieran avergonzado de llegar al Palacio sin el manuscrito de sus voluminosas defensas.

Poseo una pequeña obra de retórica, bastante rara, impresa sin nombre de autor en 1675 (1), en la cual el arte de hablar no está distinguido un solo instante del arte de escribir. Y sin embargo, el escritor anónimo, que da pruebas de grande ingenio, ha examinado su tema en todos sentidos y en todas sus fases.

Es imposible que otra preparación que la escrita hubiera podido presidir á la confección de las defensas de *Gautier-la-Gueule*, quien, en febrero de 1646, alegando por el conde de Chabot, comenzaba en estos términos :

« Señores, entre los seis órdenes diferentes que  
(1) *De l'Art de Parler*, Paris, André Pralard... M. D. C. LXXV.

los platónicos han hecho de los malos demonios, han observado que los del último orden son llamados : *Huyendo la luz*, y que tienen más artificio y son más malignos que los otros : *Omniformibus imaginibus abundant*, dice Pórfiro en el libro *De Sacrificiis, prodigiorumque machinis maxime fallunt...* La luz que huye (el demonio de impostura) es la que nos alumbra — *δικης οφθαλμος* — más penetrante que los rayos del sol, los cuales reciben algunas veces fracción por los obstáculos opuestos de la tierra (1). »

Por este solo extracto de una defensa de uno de los más famosos abogados de esta época, es fácil ver que si Racine en sus *Plaideurs* difamó al Foro, no lo calumnió.

Los discursos del siglo xvii, defensas ó sermones, lejos de parecerse á la improvisación alada, tienen más bien el aspecto de construcciones macizas y pesadas, y en todo caso, edificadas laboriosamente.

Se componía de manera docta, se recitaba con compunción, ó, según el uso más admitido, se leían pura y simplemente las notas en la audiencia.

Los oradores sagrados, al decir de Fenelón, recitaban como verdaderos actores. El mismo Fene-

(1) Citado por M. MUNIER-JOLAIN, *Les Époques de l'Éloquence judiciaire en France*, I vol., Perrin C<sup>a</sup>, ed. — V, también GAUDRY, *Histoire du barreau de Paris*, tomo II.



lón no aplicó ciertamente siempre los principios que expuso en sus diálogos: sus composiciones oratorias son demasiado pulidas para creer que no las haya recitado de memoria. Se conocen las laboriosas preparaciones de Bourdaloue que dividía, subdividía y resubdividía sus sermones hasta el infinito. También Massillon, con más arte, cortaba en cuatro las ideas. Fléchier era un retórico y un actor de primer orden. Bossuet parece ser el único que comprendió mejor la composición oratoria: « Arrojaba en el papel, dice *Le Berquier*, el plan de sus discursos y esperaba las inspiraciones del púlpito para dar movimiento y vida á sus meditaciones (1). »

El siglo XVIII no trajo un gran cambio en los métodos oratorios. Las defensas continuaron siendo lecturas en los estrados, y había abogados que solicitaban que se suspendiera la audiencia ocho días para pronunciar una réplica. Los más grandes abogados, Cochin entre otros, no abandonaron nunca esta manera de preparar y de recitar sus obras. Habrían creído faltar al respeto debido á los magistrados procediendo de manera diversa.

Entretanto, con el ilustre Gerbier se inicia una evolución. Ciertamente, la penosa preparación gráfica seguirá siendo la base de los procedimientos oratorios. Pero puede decirse que á partir de

(1) LE BERQUIER, *Le Barreau moderne*, p. 93.

este momento, el orador adquiere más confianza en sus propias fuerzas. Desde este momento va á abrirse un foso de demarcación precisa entre la palabra y la escritura. Se comenzará á comprender que las cualidades que hacen al escritor no tienen nada de común con las que hacen al orador, que existe algo más que una división de los estilos, que la pluma se opone á la palabra y que el estilo oratorio quizá no existe.

En la aurora misma del siglo XIX se encontrarán, sin duda, en el estrado, abogados con el manuscrito de su defensa en la mano; algunos tribunales, como el de Burdeos, persistirán mucho tiempo en considerar la lectura de los alegatos como un uso inviolable. Pero bien pronto esta costumbre será considerada por los jóvenes oradores como una cosa defectuosa, y los últimos imitadores de Cochin no serán ya sino los venerables despojos de otra edad.

La Revolución precipitó la ruina de los viejos métodos que gobernaban el arte de hablar. La elocuencia política de esta época borrascosa no permitía las lentas preparaciones de la pluma, y los abogados educados en la antigua escuela, convertidos en hombres políticos, se vieron obligados, muy á su pesar, á improvisarse « improvisadores ». Veremos en el próximo capítulo ejemplos curiosos del desconcierto que produjo en los cerebros la subversión de los métodos.



Sin embargo, sería falso decir que esta transformación se operó en un instante. En la última mitad del siglo XVIII la influencia de Gerbier se había hecho sentir eficazmente, y un considerable número de abogados, mucho antes que Danton, habían comenzado á defender teniendo á la vista solamente algunas notas sencillas. Hasta los tratados didácticos se resentían de este nuevo estado de espíritu.

Un abogado del Parlamento, que ha quedado desconocido, hizo aparecer, en 1776, un compendio « sobre la elocuencia en los tribunales » (impreso por Laporte, librero, calle de Noyers), que contiene opiniones muy interesantes.

En ese compendio el autor protesta contra el uso muy frecuente de leer las composiciones oratorias. Prueba que este uso impide que la acción del orador tenga naturalidad :

» Tiene también el inconveniente, escribe, de esclavizar al orador á lo que ha compuesto y de quitarle la presencia de espíritu y la fuerza necesarias para *equilibrarse á la impresión que advierte en el espíritu de los jueces*, replicar incontinentemente, ó responder á las interrupciones que puede lanzarle su adversario. Por otra parte, es cosa deplorable aprender de memoria su defensa conforme al sistema de los predicadores.

« El joven orador deberá primero componer completa su defensa por escrito, después meditarla para penetrarse bien del plan, ejercitarse luego re-

petidas veces en su gabinete, no para repetir fielmente lo que ha escrito, sino para defender como si se estuviera en el tribunal, preocupándose tan sólo de conservar el plan y el orden, sin inquietarse de los cambios que se hagan en las expresiones, con tal de que presenten las ideas con exactitud y claridad. Este método *servirá* para fijar en el espíritu esta « memoria de las cosas », la única que debe interesar al orador. »

Hoy estos consejos pueden parecer vulgares : en el siglo XVIII tenían un alcance revolucionario. La precisión de los términos empleados revela, además, á un escritor de gran calor.

## IV

En nuestros días, la transformación inaudita que ha sufrido la palabra en público, en todos los géneros, no ha dejado de impresionar á algunos neoretóricos. En un libro cuya lectura ha llegado á ser insípida, M. de Cormenin, que por el año de 1840 era más conocido con el sobrenombre feroz de Timon (1), ensayó hacer la psicología del orador. No lo logró suficientemente. Divide á los oradores en tres categorías :

(1) TIMON, *Le Livre des orateurs*, 1 vol., Pagnerre, ed., París, 1840.



- 1.º Los que leen lo que han escrito;
- 2.º Los que recitan lo que han aprendido;
- 3.º Los que improvisan.

Después, define así al *improvisador*: « el que ignora todo lo que va á decir y no sabe nunca cómo va á decirlo. »

Es de toda evidencia que un escritor que hoy emprendiera la ingrata tarea de rehacer el Libro de los oradores, comenzaría por suprimir de la lista los lectores y los recitadores.

En cuanto á la definición de la improvisación, tal como la formuló Timon, veremos á poco que es falsa en más de un punto. Un improvisador que correspondiera exactamente á la fórmula propuesta por M. de Cormenin, tendría cuando más el talento de palabra que un corredor en vinos necesita para colocar su mercancía.

De todos los autores que han procurado rejuvenecer las viejas retóricas, el que me parece que ha sido más afortunado, cuyas teorías, en todo caso, se encuentran más cerca de la verdad, es M. Eugène Paignon, autor de un tratado que apareció en 1846 y que ha sido refundido recientemente en la nueva edición de 1888 (1).

El único defecto que me creo en el deber de reprochar á esta obra, es una fraseología que hace su lectura casi insoportable. Nunca, tal vez, ideas tan

(1) *Éloquence et improvisation*, por EUGÈNE PAIGNON, antiguo abogado de la Corte de Casación, Pedone-Lauriel, ed.

originales han sido ahogadas en un estilo tan fastidioso.

El inmenso mérito de M. Paignon ha sido el de proclamar que todo método oratorio basado en la preparación escrita es una añagaza, y que la improvisación es, no un don del cielo, *sino una costumbre que puede adquirirse en virtud de actos reiterados*.

Así pues, desde 1846, M. Paignon tuvo la sagacidad de protestar contra el método que, á pesar de sus esfuerzos, continúa estando en boga tanto en nuestros palacios de justicia como en nuestra Universidad.

Ciertamente la preparación gráfica del discurso no ha impedido á grandes oradores conmover á las multitudes y llegar á las alturas de lo sublime; pero dígase cuanto se quiera, constituye para los estudiantes de elocuencia el más detestable de los procedimientos. No está ya de acuerdo con las necesidades de nuestra época, es un legado de las viejas edades, mantenido aún por una educación que tiende, de grado ó de fuerza, á hacer de cada uno de nosotros verbo-visuales. Debido á la preparación gráfica, muchos jóvenes, en el fondo bien dotados para el ejercicio de la palabra, se han detenido en la mitad del camino llenos de desaliento. Á ella también debe atribuirse en parte el disgusto que hoy inspira la vieja retórica.

¡Cuántas buenas voluntades han sido aniquila-



das por la lectura de esos tratados en los cuales se habla del « don oratorio », de « la inspiración divina », de las « cualidades que se adquieren naciendo », del « rayo de la improvisación »!

¡ Cuántos buenos muchachos han esperado bajo el olmo ese rayo que no los ha herido! ¡ Cuántos han perdido su tiempo en escribir y volver á escribir sus discursos, con el pretexto de que *tal cosa había dado excelentes resultados á Jules Favre!* Y de ese sistema ¿ qué ventajas serias han podido obtener, si no es en lo que se refiere al « estilo » el « estilo », esta bestia negra de la elocuencia moderna?

Sabedlo bien, de una vez para siempre, no hay cosa que sea más contradictoria al desarrollo oratorio que la preparación por escrito. Si grandes oradores han llegado á la suprema elocuencia, ha sido sin ese método, mejor dicho, á pesar de él.

Hoy día, los recientes datos científicos han venido á confirmar los felices hallazgos de M. Paignon.

Posible es trazar el compendio de un método racional. Me esforzaré en hacerlo.

Y si hay alguien que me reproche no tener para ello la autoridad necesaria, le responderé repitiendo por mi cuenta esta palabra burlesca de Quintiliano, « que los que han disertado más sobre el arte oratorio han sido muchas veces medianos oradores. »

#### Apéndice al Capítulo IV (Nota de la 3.<sup>a</sup> edición)

M. Paignon, que fué uno de los huéspedes amados del palacio de justicia, en donde ejerció largo tiempo la profesión de abogado en la Corte de Casación, desde 1840, había expuesto empíricamente muchos de los principios que he desarrollado, — como lealmente acabo de reconocerlo.

Predicó en el desierto y mucho me temo no ser más afortunado que él. Los presidentes que se suceden en el Palacio persisten en recomendar el método de Jules Favre. He aquí cómo todavía se expresaba á este respecto *M. Ployer*, en su discurso de la presidencia (año 1897):

« Queréis saber algo más preciso, más práctico, si existen procedimientos, métodos que permitan domar las rebeldías de la palabra para conquistar, con la improvisación, su poder soberano.

« Este método existe, tan sencillo cuanto seguro, al alcance de todos; hasta os parecerá que es de orden casi físico, que es el desarrollo natural de la misma facultad, si os tomáis tan sólo el trabajo de calcular la corta separación que se establece entre la marcha de una palabra que se retarda y la de una escritura que se apresura.

« Así pues, en la escritura está el *método eterno* empleado tan constantemente, añadiré tan gloriosamente, que vuestro amor propio de jóvenes ora-



dores puede, os lo aseguro, someterse á él con docilidad. »

A pesar del innegable prestigio de M. Ployer, me veo obligado á reconocer que la experiencia de todos los que han seguido el método racional, trazado en el capítulo siguiente, es favorable á mi tesis. Cuento por centenares las cartas que me han llegado — algunas de ellas provienen de eminencias oratorias — en las cuales se hace constar que la pretendida necesidad de la preparación gráfica es una ilusión.

---

## CAPÍTULO V

### Plan de un método racional.

Sumario : *Preparación gráfica y preparación mental. — El camino de los escolares. — El sistema de JULES FAVRE. — Métodos del verbo-motor, del auditivo, del visual. — La innervación de las cuerdas vocales. — Las especialidades cerebrales. — Nuestra educación universitaria, su defecto. — Opinión de M. J. REINACH. — La premeditación oral. — Las notas y las transiciones. — Observación de MONTAIGNE. — La Información del moderno foro de Bruselas. — M. BRUNETIÈRE y la elocuencia. — Opinión de THIERS.*

#### I

El método racional de preparación del discurso debe apoyarse en estas dos proposiciones :

1.º La preparación gráfica somete el cerebro del orador á una serie de trabajos inútiles; exige un verdadero despilfarro de fuerzas.

2.º La preparación puramente mental es la más corta, la más lógica, la más adecuada al objeto que se trata de alcanzar.